

Blanco White abolicionista

El Bosquexo del Comercio en esclavos

No quiero dejar de expresar mi agradecimiento a D. Fernando Murillo Rubiera por su generosa ayuda para la preparación de este artículo

En 1814, se publicó en Londres, en la imprenta de Ellerton y Henderson, Johnson's Court, Fleet Street, una obra anónima, el *Bosquexo del Comercio en esclavos: y Reflexiones sobre este tráfico considerado moral, política y cristianamente*. Su autor no era otro que José María Blanco White, conocido como el redactor de *El Español*, periódico en que había tomado la defensa de los americanos en lucha por su emancipación.

Bien se sabe que, a pesar de unos progresos, la obra en español de Blanco White sigue siendo mal conocida por los historiadores y los críticos: es el caso, por ejemplo, del *Bosquexo*. Opúsculo de modesto tamaño (144 páginas in-8°), marginal por su género y su tema, subestimado por su mismo autor —«una obrita», escribe— este folleto es en realidad una de sus obras más bellas y más convincentes y merece un lugar destacado en la literatura y la historia del abolicionismo en España. Por eso nos pareció oportuno llamar la atención sobre este texto casi ignorado.

El Bosquexo no es la única manifestación del antiesclavismo de su autor. Entre 1811 y 1813, en su periódico, Blanco White emprendió una campaña contra la trata y la esclavitud, participando así en la acción de Wilberforce y de los abolicionistas de la African Institution. Treinta años después, recuerda él, su corazón seguía estando con ellos¹. En realidad, durante toda su vida Blanco White se preocupó por la esclavitud de los negros. «Mal monstruoso», escribe en 1836, mal que hizo padecer y sigue haciendo padecer a millares de hombres, mal que lo escandalizó en su más tierna edad y sigue obsesionándolo en el ocaso de su vida². Miembro de las grandes sociedades abolicionistas inglesas, corresponsal de asociaciones antiesclavistas en los Estados Unidos y en Francia, este hombre sensible, herido por la injusticia, no dejó de llevar, «por la conversación o por la pluma», la lucha por la defensa de los negros³. No es

¹ Blanco White al Rev. William Bevan, Secretario de la Liverpool Anti-Slavery Society, feb. 1840, *The Life of the Rev. Joseph Blanco White*, Londres, 1835, III, p. 174.

² Blanco White al Dr. Channing, 1-IV-1836, *Life*, II, p. 206.

³ Blanco White al Rev. W. Bevan, op. cit. *Blanco White fue miembro de la African Institution de W. Wilberforce, de la African Civilization Society, de la Anti-Slavery Society de*

necesario conocer en detalle las actividades antiesclavistas de Blanco White, pues el *Bosquexo*, por sí solo, es el ejemplo más significativo de ellas; es la obra más representativa de su mensaje abolicionista y de su acción. Eso es lo que nos proponemos mostrar, haciendo un análisis y una crítica de la obra, un estudio de la forma y una investigación sobre su influencia. Pero antes no es inútil dar algunas indicaciones sobre la génesis y la elaboración del *Bosquexo*, el cual se inscribe en cierto contexto histórico.

I

La obra, según una «nota» del autor de 1840, tuvo su origen en una petición —y no un encargo— de la African Institution. Sin duda, en el verano de 1811, uno de sus miembros más influyentes se dirigió a Blanco White para pedirle que tradujera la *Carta sobre la abolición del comercio de esclavos* de William Wilberforce. La asociación deseaba ilustrar al público de la Península sobre este tema, en el momento en que el gobierno británico presionaba al gobierno de Cádiz para obtener un decreto de abolición de la trata en que muchos españoles participaban. Aunque ya le agobiaba la redacción de su periódico, Blanco White aceptó inmediatamente:

No vacilé un momento en ofrecer gratuitamente mis servicios, verdaderamente orgulloso y feliz de la oportunidad que se me ofrecía de ayudar, siquiera levemente, la causa de la humanidad⁴.

Se entiende en seguida cuál es el móvil fundamental de su compromiso antiesclavista: el idealismo humanista. Recalquemos su desinterés: cuando la asociación, estimando que la obra había sido emprendida a petición suya, decidió darle 100 libras esterlinas en premio de sus servicios, el primer movimiento de Blanco White fue rechazar la oferta; le bastaba la conciencia de haber sido útil a los africanos víctimas de la injusticia. No podía aguantar la idea de cobrar dinero por haber defendido una causa que tenía por sagrada⁵. Este idealista estaba profundamente convencido desde siempre de que la causa de los negros era justa; pero es el ejemplo de Wilberforce el que lo determinó a la acción:

Liverpool y Vice-presidente honorario del Institut d'Afrique, París, Life, III, pp. 174, 223-224; II, p. 251; III, pp. 67, 298.

⁴ A short notice of the nature and origin of this work, by its author the Rev. Joseph Blanco White, *Liverpool*, 26-III-1840, Cambridge University Library.

⁵ A short notice; *Blanco White a sus padres, 15-XII-1813, Méndez Bejarano M.*, Vida y obras de D. José María Blanco y Crespo, *Madrid*, 1929, p. 107. *Blanco White a Wilberforce, 15-XII-1813, Bodleian Library, Oxford.*

Fue su obra, le escribe en diciembre de 1813, la que me dio por primera vez una información completa sobre el abominable tráfico; fue su obra la que transformó mi vaga compasión por los esclavos en acción en su favor; fue su obra la que guio mi pluma cuando escribí el bosquejo que la asociación se sirvió considerar con infinita bondad⁶.

Como la carta de Wilberforce había tenido «grandísimo influjo» en el decreto de abolición de 1807 por Inglaterra, Blanco White vio que él también podía actuar en España, cómplice de ese «abominable comercio» y así «hacer un servicio a la humanidad y a su patria.» El patriotismo crítico es el segundo móvil esencial del *Bosquexo*⁷.

Seguimos muy mal informados sobre la elaboración de la obra, pues Blanco sólo dio algunas vagas indicaciones referentes a esto en la nota ya citada. Empezó a traducir la *Carta* de Wilberforce, pero se dio cuenta muy pronto de que era preciso adaptarla al público español. Recogió la documentación sobre los *hechos* –subrayado por él– «con objeto de dirigirme a mis compatriotas en el lenguaje de mi propio corazón y no como un mero traductor. El *Bosquexo* resultó de esta decisión y se escribió en quince días»⁸. En realidad, lejos de limitarse a una mera traducción, Blanco White compuso una obra nueva; tomando la *Carta* de Wilberforce como cañamazo, retuvo los pasajes que pudieran interesar a un público español; añadió el testimonio de Mungo Park sobre la trata en África, y sobre todo utilizó copiosamente un documento que situaba el problema de la trata en el contexto español y colonial y le daba para sus lectores una actualidad candente, la *Representación de la Ciudad de la Habana*. Veremos más lejos la importancia de estos textos.

Como Blanco White no da ninguna precisión cronológica en su «nota», se tiene la impresión de que la traducción de la *Carta*, la búsqueda de la documentación y la composición del *Bosquexo* se verifican en la misma época, cosa imposible si se tiene en cuenta, por otra parte, la calidad de la obra. En realidad el *Bosquexo* es el fruto de una larga preparación cuyas etapas se pueden seguir gracias a *El Español*. Entre mayo de 1811 y agosto de 1813, lo precedieron una serie de artículos que constituyen otros tantos materiales preparatorios o reflexiones previas a la redacción del texto definitivo, en noviembre-diciembre de 1813, la cual fue muy rápida⁹. En noviembre de 1811, estaba redactada la casi totalidad de la

⁶ *Ibíd.*

⁷ *El Español*, Londres, 1810-1814, 8 vol.; n° 18, 30-IX-1811, III, pp. 466-467; n° 24, 30-IV-1812, IV, pp. 426-429.

⁸ A short notice; Bosq., *Advertencia*, p. III.

⁹ «Abolición de la esclavitud», Esp. n° 14, 30-V-1811, III, pp. 149-153; «Extracto de una carta sobre la abolición del comercio de Negros... por W. Wilberforce...», Esp. n° 18, 30-IX-1811, pp. 466-479; «Sobre las facultades intelectuales de los Negros», Esp. n°

primera parte, 62 páginas sobre 69. Blanco White decidió componer una obra original en mayo de 1813, fecha en que manifiesta su intención, después de mencionar por primera vez la *Representación* cuya crítica esboza. Por fin se puede considerar que en agosto de 1813 había bosquejado el plan general y el de la segunda parte. Así se puede explicar que Blanco White «escribiera», es decir «redactara» su obra en quince días; en noviembre de 1813, estaba en gestación desde hacía dos años. La redacción debió de terminarse hacia el 6 de diciembre y el texto se envió inmediatamente a la African Institution que lo acogió con mucho favor antes del 15 de diciembre de 1813¹⁰. Estas consideraciones no son inútiles: es precisamente esta larga elaboración, seguida por una redacción muy rápida, la que explica ciertos aspectos de la obra; por una parte la calidad y la organización del contenido, por otra parte la espontaneidad de la forma, rasgos que no son ajenos a su fuerza de convicción.

Resulta imposible comprender el alcance y la naturaleza del *Bosquexo* si no se conoce el contexto histórico en que se inscribe. Entre 1807 y 1814, la coyuntura internacional parecía favorable a la abolición de la trata. En Inglaterra, el Parlamento había votado el *bill* de abolición el 5 de febrero de 1807, medida luego imitada por los Estados Unidos (1808) y las colonias españolas disidentes: Caracas (19-IV-1810), Santiago (II-X 1811), Buenos Aires (14-V-1812, 6-III-1813), México (1810, 1813). Sólo Cuba y Puerto Rico mantenían el sistema. Blanco White, antiesclavista convencido, rodeado de amigos abolicionistas e hispanófilos como Wilberforce, Lord Holland, Robert Southey, estimaba que España no podía quedar apartada de aquel gran movimiento de progreso de la humanidad.

Quedaban en efecto España y Portugal, dos países que aparecían como los últimos obstáculos –amén de Francia– a la cesación del tráfico. Desde la *Real Cédula* del 28 de febrero de 1789 que concedía la libertad total de importar negros, la trata con destino a Cuba no había dejado de agravarse. No en beneficio de España, que tenía pocos intereses directos en el tráfico –sus negreros eran pocos, su actividad real despreciable– sino en beneficio de los negreros ingleses. Y ahí, su responsabilidad indirecta era esencial. Aprovechando la *Real Cédula*, los ingleses habían imaginado un ingenioso sistema de contrabando en el que los capitales y

19, 30-X-1811, IV, pp. 3-25; «Concluye el extracto de la Carta de Mr. Wilberforce sobre la esclavitud. Miserias de la esclavitud de los Negros», Esp. n° 20, 30-XI-1811, IV, pp. 109-125; «Apéndice al extracto de la Carta de Mr. Wilberforce... o pasajes sacados del viaje de Mr. Mungo Park a lo interior de Africa que prueban el buen natural de los Africanos», ibid. pp. 125-131; «Tráfico de esclavos bajo bandera española», Esp. n° 23, 30-IV-1812, IV, pp. 426-430; «Comercio en esclavos», Esp. n° 37, 30-V-1813 VI, pp. 333-344; «Tráfico en esclavos», Esp. n° 40, 30-VIII-1813, VII, pp. 143-149.

¹⁰ El documento más reciente citado en el *Bosquexo* es el *Morning Chronicle*, 6-XII-1813. Véase también Blanco White a sus padres, 15-XII-1813; Blanco White a Wilberforce, 15-XII-1813, doc. cit.

los buques eran ingleses y el pabellón español o portugués, mediante el cual abastecían, además del Brasil y las Antillas inglesas, el mercado más importante que dependía de España: Cuba¹¹. Contrabando enorme que Inglaterra combatía desde 1807. Temiendo que la abolición unilateral perjudicara sus intereses económicos, trataba de incitar a las otras naciones europeas, y especialmente España, a que siguieran su ejemplo. El 4 de abril de 1811, bajo la presión inglesa, las Cortes votaron la supresión de la trata y ciertas reformas, por ejemplo la ley dicha del «vientre libre», que aparecieron como la primera etapa hacia la abolición de la esclavitud¹². Los hacendados cubanos reaccionaron. Considerando que sus fuentes de ingresos estaban amenazadas, presentaron una protesta común a los tres cuerpos interesados, el Ayuntamiento, el Consulado y la Sociedad Patriótica: la *Representación de la Ciudad de la Habana a las Cortes*, 20-VII-1811. Este texto, redactado y editado por Francisco Arango y Parreño, consiguió impedir todo debate público sobre un tema tan explosivo y enterrar el asunto en comisión¹³.

La *Representación* era en efecto sumamente peligrosa para la causa de la abolición. Primero porque echaba un velo púdico sobre los males inherentes a la trata. Luego, aunque era en el fondo una defensa de la esclavitud y de la trata, se esforzaba por extraviar a la opinión por su carácter confuso y contradictorio. Se encontraban en ella los argumentos tradicionales de tipo histórico, moral y religioso: la Corona había permitido y alentado la trata desde el principio de la colonia; la esclavitud existía entre los griegos y los romanos; los negros viven más felices en América que en sus países condenados a la barbarie; se civilizan y se cristianizan, etc. Los principales argumentos eran económicos: las plantaciones carecían de esclavos; ninguna tenía una proporción igual de mujeres. Pero se encontraba también la huella de ideas «nuevas», por ejemplo los proyectos de reforma de unos hacendados «ilustrados». Todo eso venía expuesto con suma habilidad y en un estilo falsamente humanitario —«con una afectación de humanidad y ternura de que no se puede formar idea sino leyéndola», según Blanco—. De todo ello resultan sus contradicciones y su extrema ambigüedad. Para dar una idea de ésta, señalemos por ejemplo

¹¹ Esp. n° 14, III, p. 150; n° 24, IV, pp. 426-430; n° 37, VI, p. 337 nota. Blanco White cita un artículo de Edward Brougham que denunciaba severamente el papel de los españoles en el contrabando: «*The Trials of the Slaves-Traders*», *Edinburgh Review*, feb. 1813, n° XLI, vol. XXI, pp. 72-93.

¹² *Sesiones del 26-III-1811 al 4-IV-1811*, Diario de las discusiones y actas de las Cortes, Cádiz, 1811-1813, vol. 4, p. 439 y ss.

¹³ «*Representación de la Ciudad de la Habana a las Cortes el 20 de julio de 1811, con motivo de las proposiciones hechas por D. José Guridi Alcocer y D. Agustín de Argüelles, sobre el tráfico y esclavitud de los negros; extendida por el Alférez Mayor de la Ciudad, D. Francisco de Arango, por encargo del Ayuntamiento, Consulado y Sociedad Patriótica de la Habana*». Arango y Parreño F., *Obras, La Habana*, 1952, vol. I, pp. 145-237.

que, después de quejarse de la falta de mano de obra en hombres y mujeres, los plantadores pedían que se continuara la trata: era, decían ellos, el único medio de ahorrar un aumento de trabajo a los negros que ya estaban en Cuba y evitarles un celibato forzado y perpetuo¹⁴.

En cuanto al autor, Francisco Arango y Parreño, criollo cubano conocido como economista ilustrado, amigo de Humboldt, estaba atiborrado de contradicciones, las mismas que se encuentran en la *Representación*: calificaba de miserable el tráfico de esclavos y lo tenía por necesario a su país. En realidad era un esclavista reformista; consciente de que el sistema se hacía cada vez más insostenible, trataba de reformarlo para perpetuarlo. Propietario del mayor ingenio del mundo en la época –350 esclavos– se le consideró más tarde como «el mejor ideólogo cubano de la esclavitud y de la trata»¹⁵. Dicho de otro modo, no había peor adversario de la abolición ni portavoz más hábil del grupo de presión cubano sobre el gobierno.

En estas circunstancias, Blanco White estima que la lucha es una batalla de opinión: escribe el *Bosquexo* en nombre de los negros, para Madrid y contra La Habana¹⁶. Considerando que la reforma sólo se puede conseguir por la presión de la opinión pública sobre el gobierno, se siente investido de una misión de educación: informar a los españoles que presionarán a las Cortes para que apliquen efectivamente las medidas votadas contra la trata. Habiendo identificado claramente la poderosa oposición a la abolición, La Habana, hace de ella el objeto único de su crítica y lleva el asunto ante la nación:

...es indispensable hacer ver a la nación la clase de argumentos en que se fundan los interesados en el tráfico, para pedir su continuación a la sombra de la bandera española (*Bosq.* p. III).

Denunciar ante la opinión los intereses cubanos que eran los únicos que se oponían a las exigencias de la humanidad y de la justicia, y para

¹⁴ *Ibíd.* p. 167.

¹⁵ Francisco Arango y Parreño (1765-1837) fue uno de los fundadores de la Sociedad Patriótica y del Consulado de Agricultura y Comercio de la Habana en 1795. Diputado a las Cortes ordinarias de 1813; miembro del Consejo de Indias (1816); intendente de La Habana (1824-1825). Minguet Ch., Alexandre de Humboldt, historien et géographe de l'Amérique espagnole, 1799-1804, Maspéro, París, 1969, pp. 273, 503-505, 520-522, Potelet J., La seconde découverte de Cuba: l'Essai politique de Alexandre de Humboldt, Essai politique sur l'île de Cuba (1825), Paris-Nanterre, 1989, p. XX. Para las rectificaciones necesarias, véase Moreno Fraguas, El Ingenio, La Habana, 1978, vol. I, pp. 52, 57-58, 73, pp. 129-130, 290-291, 296, 298. La Real Cédula del 28-II-1789 se expidió después de un informe de Arango: Primer papel sobre el comercio de negros, 6-II-1789, Arango, Obras, I, pp. 76-84. Más tarde, pidió al Rey la abolición de la trata, *ibíd.*, III, pp. 529-532.

¹⁶ Las Cortes ordinarias previstas en Cádiz para octubre de 1813 se reunieron en Madrid en enero de 1814.

ello refutar la *Representación*, tal es el objetivo fundamental del *Bosquexo*. Basta para definir la naturaleza de la obra: es un escrito de combate.

II

Al entrar en el examen de la obra, lo que salta a la vista es la claridad del título que anuncia la estructura del texto: *Bosquexo del Comercio en esclavos: / y / Reflexiones / sobre este tráfico / considerado moral / política y cristianamente /*. Largo y dividido en dos partes, explicita perfectamente el carácter, el contenido y el plan general de la obra. Por la primera palabra, el autor define el carácter documental y compendioso de la primera parte, confirmado por otra parte en el texto —«el ligero e imperfectísimo bosquejo» (p. 74). Se trata de una descripción a grandes rasgos que resume hechos e iniquidades y da una idea general pero esencial sobre el tema— «esta horrenda aunque compendiosa relación de iniquidades» (p. 20). En cuanto a la segunda parte del título —«Reflexiones...»— indica el carácter crítico y sistemático que preside a la segunda parte de la obra: se examina la cuestión según tres aspectos, aquí también esenciales: el moral, el político y el religioso.

Una «Advertencia» muy breve (pp. III-IV), que acabamos de utilizar para estudiar la génesis, aclara al lector sobre el objeto del *Bosquexo*, sus fuentes principales, las circunstancias que rodearon su elaboración, y especifica los motivos de su publicación. El autor se defiende de haber querido hacer una obra literaria y la define como un «memorial»:

La presente está lejos de ser una obra literaria. Es un memorial dirigido a cada Español en nombre de las víctimas que la codicia de algunos de sus paisanos están arrancando todos los días de la costa de África.

Invoca el descuido de la composición y del estilo para recalcar la ausencia de todo «artificio oratorio», e insiste, para terminar, en el carácter «importante y sagrado» de esta causa que debe tratarse sin ningún rebuscamiento literario.

Como el tono de esta advertencia es voluntariamente moderado, conviene aclarar ciertos términos para poner de manifiesto su carácter profundamente humanista. Blanco White se forma una alta idea de su misión y piensa que el escritor debe promover ciertos valores morales. Se hace el abogado de los negros oprimidos; pide justicia en un «memorial» que es a la vez una exposición de los hechos y una petición al pueblo español. Para él, escribir es un deber moral personal, callar sería hacerse cómplice de la injusticia. Defiende una «causa sagrada», es decir digna de un respeto absoluto, pues se trata de la persona humana. Por fin

no tiene ninguna intención estética, pero quiere ser útil o sea obtener una reforma práctica e inmediata: se trata de dar a conocer a sus compatriotas la naturaleza y la extensión de los males que persisten cuando escribe para remediarlos con toda urgencia, pues los negros están expatriados «todos los días».

Viene después un grabado que representa el plano y el corte del *Brookes* por Clarkson, buque negrero inglés, que muestra el hacinamiento increíble de los Negros durante el viaje. Recordemos que esta lámina formaba parte de todo folleto abolicionista de la época y, por su fuerza de impacto, hizo más por la causa que muchos discursos.

Si se considera el texto en su conjunto, amén de su brevedad, se nota la claridad de la estructura general. Se divide en dos grandes partes, aproximadamente iguales, que corresponden a los dos enunciados del título: la primera, 69 páginas, dedicada al «Bosquexo» histórico de la trata, consta de cuatro capítulos; la segunda, 60 páginas, consagrada a los comentarios críticos –«Reflexiones»– desde el triple punto de vista moral, político y cristiano, se subdivide en tres capítulos y una conclusión –«Epílogo y conclusión»– que recapitula en 15 páginas las ideas esenciales.

Dicha estructura general se rige por un orden lógico: primero la exposición de los hechos que prepara el alma del lector, excita su imaginación y su sensibilidad; luego la afirmación de los principios, el punto de vista filosófico y religioso, lo que no excluye el examen de ciertos problemas políticos; y por fin la recapitulación de los hechos, de las razones y la apelación a los sentimientos de humanidad. Conviene observar que la exposición de los hechos y la parte crítica se apoyan mutuamente para demostrar una idea esencial de que el autor desea convencer al lector: es imposible continuar la trata que es un crimen contra la humanidad. Esta idea se expresa al principio, se repite varias veces y especialmente en forma de pregunta en la articulación crucial del discurso, entre las dos partes, muy exactamente en medio de la obra:

Sabiendo, como sabemos con la mayor evidencia, cómo se procuran en África los esclavos que compran los Europeos... y cuáles son los males inevitables del pasaje que tienen que hacer por mar... ¿se puede continuar este tráfico, sin quebrantar las leyes de la moral, y sin cometer un grave delito contra la humanidad? (p. 72).

Así pues la trata da lugar a un estudio sistemático, en el que el autor examina los aspectos esenciales del tema, procede con método y organiza sus ideas según un orden lógico, para alcanzar una meta determinada. Si se profundiza el examen de la estructura de detalle, se advierte que a este discurso sistemático lo refuerza una preocupación didáctica muy clara.

Cada capítulo se divide en párrafos con subtítulos, en el margen, que indican el contenido. Estas divisiones, debidas quizás a su formación escolástica, reflejan el método analítico tan del gusto de Blanco. Aquí llegan a ser un procedimiento pedagógico perfectamente adaptado a su objetivo: se trata de guiar paso a paso al lector por una materia compleja y discutir argumentos a menudo especiosos, para llevarlo a una conclusión.

En resumen, si teniendo en cuenta las observaciones anteriores, las comparamos con la definición del tratado –obra didáctica donde se expone un tema de manera sistemática– el *Bosquexo* se parece menos a un folleto de circunstancias, que a un verdadero tratadito contra el comercio de negros, tal como no existe ninguno equivalente en España, salvo error u omisión, en los primeros decenios del siglo XIX.

En cuanto al examen detallado del texto, revela un contenido variado, distribuido dentro de una estructura cuya perfecta coherencia acabamos de recalcar. Bajo el título «Modo de proveer el mercado. Efectos morales del tráfico en África», el capítulo primero, histórico y descriptivo, examina las fuentes, el mecanismo y las consecuencias desastrosas de la trata; es especialmente un inventario de los medios por los cuales los europeos se proveen de esclavos con la complicidad de reyezuelos africanos (pp. 1-46). El capítulo II –«Carácter de los Negros»– procura refutar el argumento según el cual los negros son «hombres de otra especie», apoyándose en el testimonio de Mungo Park que pone de relieve las cualidades técnicas, intelectuales y morales de los africanos. La barbarie de África se explica por las circunstancias históricas y particularmente por la trata europea (pp. 23-33), como lo prueba el hecho de que la costa está menos civilizada que el interior (pp. 33-34). El capítulo III –«Cómo se conducen los esclavos del interior a la costa»– relata el viaje que hizo Mungo Park con una caravana de factores negros. El autor insiste sobre los sufrimientos de los negros cautivos, da unos ejemplos de crueldades y concluye que éstas son muy frecuentes, dadas las condiciones del viaje, la dureza de los factores y la finalidad de su misión (pp. 47-56). Bajo el título «Carácter general de los capitanes de buques negreros y de los conductores de esclavos; miserias del pasaje a las colonias», el capítulo IV, partiendo de consideraciones psicológicas y morales, explica que todo negrero es «un monstruo por oficio» (pp. 56-59). Afirmación que ilustran dos ejemplos de inhumanidad de capitanes negreros que resultaron probados ante el parlamento británico. Estas atrocidades son inevitables si se tiene en cuenta la misión de los capitanes y las circunstancias en que se encuentran (pp. 60-63). Termina el capítulo con la descripción del viaje por mar; primero el hacinamiento de los esclavos aherrojados en las bodegas donde se aprietan como sardinas, como lo muestran las láminas del *Brookes*; luego la pintura de la vida a bordo y de los sufrimientos físicos y morales de los negros (pp. 63-69).

Titulado «El comercio en Negros considerado según las leyes de la moral humana», el primer capítulo de la segunda parte empieza por mostrar que la trata es injusta porque es contraria al derecho natural. Luego contesta al argumento según el cual los esclavos son más felices en las colonias; es un sofisma que más parece burla. Además de que la mayoría de los negros comprados no eran esclavos antes, la esclavitud en África es una especie de vasallaje doméstico. Al contrario, nada hay más desgraciado que un esclavo en América, pues lo desprecian por el color de su piel y «pertenece a una raza degradada por la opinión general durante siglos» (pp.77-82). A los hacendados que aducen el ejemplo de los griegos y de los romanos, Blanco White contesta que ni los griegos ni los romanos eran modelos de moralidad, que no había diferencia de color entre dueños y esclavos y que éstos podían esperar que cambiase su suerte (pp. 82-83). La conclusión recapitula las razones por las cuales la trata es un crimen: 1° es injusto privar a un hombre de su libertad; 2° es inmoral imponer a los negros los sufrimientos inherentes a la trata; 3° los europeos son responsables de los males provocados por las guerras en África y la travesía; 4° son responsables del retraso de la civilización en este continente; 5° son culpables de las desgracias de los hijos de estos esclavos y «de las funestas resultas que algún día debe producir en las colonias la existencia de una multitud de hombres degradados».

El capítulo II —«Sobre el tráfico en esclavos considerado políticamente»— es el más extenso y constituye de hecho una refutación sistemática de la *Representación*. La trata es inútil a los intereses de América, ya que los gobiernos de Caracas, Buenos Aires y Santiago la han prohibido (p. 91). Los hacendados de La Habana pretenden que el gobierno había alentado la introducción de los negros y la inversión de capitales en el trabajo servil durante trescientos años, y por lo tanto no podía suspender brutalmente la trata «poniéndoles en riesgo de arruinarlos». Argumento que es falso, replica Blanco White. Pero al mismo tiempo, se quejan de la falta de mano de obra, contradicción que revela su mala fe. En realidad la libre introducción de los negros es reciente y ha abastecido a Cuba con un número considerable de ellos en estos últimos años. Si hay que reemplazar a los que mueren por otros traídos de África, como lo piden los hacendados, nunca se podrá poner fin a la trata (pp. 91-98). En cuanto a la mano de obra necesaria, la propagación natural de los negros debería bastar para suministrarla (pp. 99-101). Si es insuficiente, es que los propietarios no la han favorecido nunca, pues el negro nacido y criado en Cuba cuesta más caro que el negro adulto importado. La misma razón de interés explica la falta de mujeres. Por tanto es absurdo pensar que si se les permitiera continuar la trata, los plantadores comprarían mujeres (pp. 103-110). De todo ello

resulta que es imposible reformar el tráfico, pues los abusos forman parte del sistema: «están en la misma esencia del mal que se quiere modificar» (p. 106). Para terminar, el autor recalca que el aumento de la población de negros y de la población de color, que en las ciudades exceden al número de blancos, constituye un peligro para la isla. El gobierno no puede ignorarlo; por tanto debe prohibir la trata (pp. 107-113). Eso permitiría disminuir el número de esclavos introduciendo los asalariados, daría trabajo a los libertos, y esa gente llegaría a producir agricultores y artesanos que poblaran los campos, sin presentar ningún riesgo. (pp. 113-114).

Titulado «El comercio en esclavos considerado cristianamente», el capítulo III, breve pero vigoroso, explica que la trata es incompatible con el cristianismo, pues éste no puede aprobar lo que la ley natural reprueba (p. 118). Sin embargo, la religión no exige la emancipación inmediata de los esclavos, pues tiene en cuenta las circunstancias. Decir que la trata favorece la evangelización es un insulto a la religión; la moral cristiana no permite obrar mal para que resulten bienes, lo que basta para condenar el tráfico como un «pecado gravísimo» (p. 120). Por tanto el cristianismo no puede aprobar los horrores provocados por la trata, con el pretexto de que se catequizarán algunos negros (p. 121). Lejos de propagar la religión, la trata la hace odiosa en África y extiende la corrupción por América, donde los negros no reciben ninguna instrucción cristiana. Después de haber citado en una nota la bula *Sublimis Deus*, 1537, por la que el Papa Pablo III condenó a los que reducían a los indios a la esclavitud so pretexto de convertirlos, el autor asimila el caso de los negros al de los indios (p. 127 nota). Subraya que la trata es contraria al Evangelio: «no matarás, no hurtarás, amarás a tu prójimo como a ti mismo» (p. 128). Y concluye por un apóstrofe a los sacerdotes españoles, recordándoles que, según San Pablo, Dios prohíbe la trata y la pone «entre los delitos más horribles e infames que el cristianismo condena» (*Primera Epístola a Timoteo*) (pp. 128-129).

André Pons*

* Continuará en el próximo número